

CRÍTICA

ISABEL CASTRO

LAS CERVANTAS

LEYENDA NEGRA Y VERDAD DE LAS
MUJERES DE LA FAMILIA CERVANTES

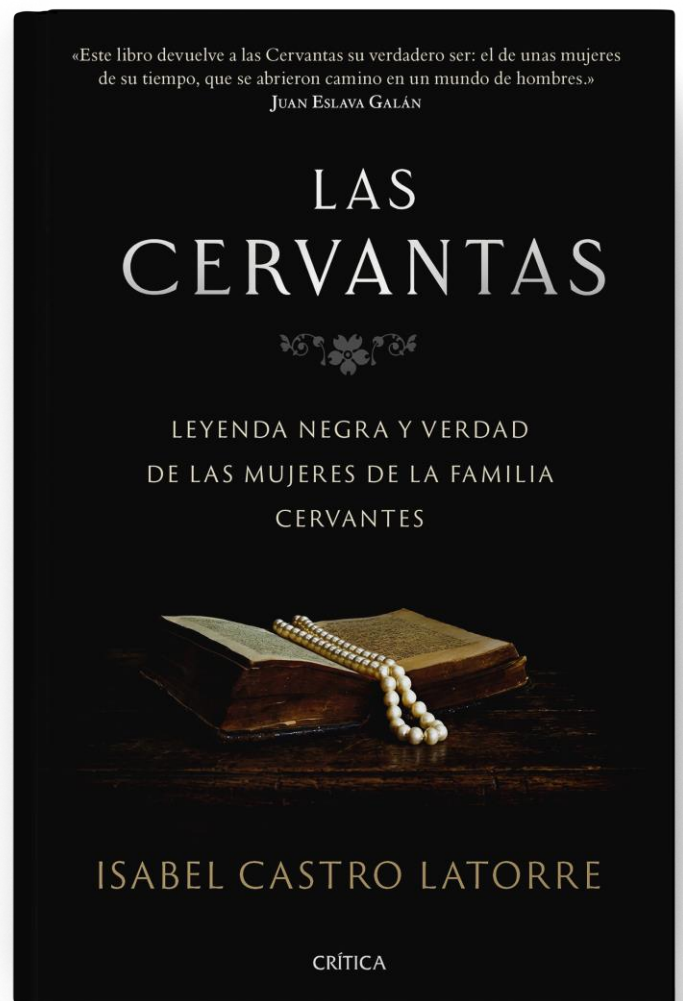
Una investigación que devuelve a
las mujeres de la familia Cervantes
el lugar que se les negó y
desmonta el mayor prejuicio de la
tradición cervantina.

A LA VENTA EL
30 DE SEPTIEMBRE

MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

AUTORA DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Laura Fabregat Farran
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
682 69 63 61 /
lfabregat@planeta.es



Nadie se ha parado a pensar que quizá esas mujeres liberales y valientes que Cervantes retrata en sus obras puedan estar inspiradas en las de su familia.

Durante siglos, las mujeres de la familia de Miguel de Cervantes han permanecido a la sombra del escritor más universal de nuestras letras. Sus nombres apenas aparecen en los márgenes de las biografías cervantinas y, cuando lo hacen, suelen estar envueltos en rumores, prejuicios y sospechas. Este libro habla de ellas. De las madres, hermanas, hijas, sobrinas y esposas que sostuvieron a la familia Cervantes en tiempos de dificultades y que la historiografía convirtió injustamente en protagonistas de una leyenda negra.

A partir de documentos notariales, pleitos, testamentos, dotes y archivos apenas explorados, la antropóloga e investigadora Isabel Castro Latorre reconstruye la vida de estas mujeres y las devuelve a su verdadero contexto. Lejos de la imagen de oportunistas o mantenidas que durante décadas difundieron algunos estudiosos, las Cervantas aparecen aquí como mujeres cultas, trabajadoras, emprendedoras y capaces de defender sus derechos en una sociedad dominada por los hombres.

Las Cervantas es una investigación rigurosa y reveladora sobre la vida cotidiana, los afectos, los conflictos y las estrategias de supervivencia de una familia excepcional. Un libro que desmonta mitos, corrige una injusticia histórica y ofrece una nueva mirada sobre el universo de Cervantes a través de quienes más cerca estuvieron de él.

LA AUTORA



ISABEL CASTRO es licenciada en Geografía e Historia,

con especialidad en Antropología, y ha desarrollado una amplia trayectoria investigadora dedicada al estudio de la cultura material, la memoria colectiva y las formas de vida

que suelen quedar al margen de los grandes relatos históricos. Su trabajo se ha centrado en la observación de la vida cotidiana, los rituales, las tradiciones y los sistemas

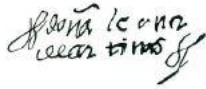
de creencias que configuran las identidades locales y las comunidades rurales.

Las Cervantas

LA MADRE

Leonor de Cortinas

Sostuvo a la familia con el marido sordo y dos hijos cautivos en Argel.



LA HERMANA MONJA

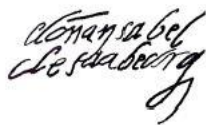
Luisa de Cervantes

Carmelita descalza en Alcalá, donde convivió con Santa Teresa. Priora tres veces.

LA HIJA

Isabel de Saavedra

Vivió como una burguesa madrileña, con oratorio particular y reliquias muy solicitadas.



LA TABERNERA

Ana de Villafranca

Madre de Isabel. Nadie reparó en que tenía la edad de Catalina cuando quedó embarazada.

LA HERMANA MAYOR

Andrea de Cervantes

«La resuelta e infatigable Andrea», la llamó Concha Espina. Maestra de taller frente al gremio textil de Madrid.



LA SOBRINA

Constanza de Ovando

Criada en un hogar que era casa y taller a la vez; arrastrada al mismo saco por los cervantistas.



LA TÍA

María de Cervantes

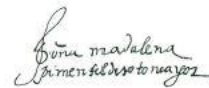
Abandonada embarazada por el hijo bastardo del duque del Infantado, reclamó su carta dotal.



LA HERMANA

Magdalena de Cervantes

Pleiteó contra quienes incumplieron promesa matrimonial. Firmó con los dos nombres que usó en su vida.



LA ESPOSA

Catalina de Salazar

Publicó *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* un año después de morir Cervantes.



EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO

«Esa figura a la que prestan luz los escritos biográficos de Astrana Marín, la fuente de todos, de Caravaggio, de Muñoz Machado, de Donald P. McCrory y de tantos otros, proyecta una sombra poderosa sobre los familiares que lo acompañaron en su vida mortal y particularmente en las mujeres de su entorno, abuela, madre, tía, hermanas, esposa, hija... [...]. Un juicio apresurado basado en testimonios insuficientes ha llevado a considerar que las Cervantas (como fueron despectivamente llamadas) fueron mujeres de moral dudosa y que supusieron más una carga que un remedio para nuestro desventurado autor. Esa es la común y equivocada opinión que suele desprenderse de los escasos escritos que se ocupan de ellas. El presente estudio profundiza en el asunto y devuelve a las Cervantas a su verdadero ser: el de unas mujeres de su tiempo, cultas y laboriosas que a menudo tuvieron que abrirse camino en un mundo de hombres ganando el sustento propio y sacrificándose para socorrer los hombres de la familia, sea ayudando al padre sordo y desvalido o a los hermanos cautivos en Argel y necesitados de rescate.»

«EN BUSCA DE LA FAMILIA CERVANTES»

«El protagonismo de las mujeres en la vida de Cervantes es evidente. El suyo era un clan femenino intergeneracional compuesto por abuelas, tía, madre, hermanas, sobrina, esposa e hija, diez mujeres sin contar a la suegra, con las que el escritor compartió tristezas y alegrías a lo largo de su vida y de las que apenas sabemos gran cosa, salvo que a sus hermanas, sobrina e hija las llamaban “las Cervantas” por sus escándalos amorosos. Una imagen familiar distorsionada fruto de la misoginia cervantista de finales del siglo XIX y principios del XX, que metió en el mismo saco a tres generaciones de mujeres Cervantes de supuesto pasado turbio..»

«[...] En 1905, coincidiendo con el tricentenario de la publicación del Quijote, alcanzó cierta relevancia el proceso de Gaspar de Ezpeleta, un hidalgo mujeriego asesinado en 1605 a las puertas del domicilio de los Cervantes en Valladolid. Este valioso documento, titulado *Averiguaciones hechas por mandato del señor Alcaldede Xpual de Villarroel, sobre heridas que se dieron a D. Gaspar de Ezpeleta, Cavallero de Avito de Santiago*, encontrado a fines del siglo XVIII, hoy en la Real Academia de la Historia, estimuló el interés por la familia del escritor especialmente por sus hermanas y su hija. Cierta crítica misógina, como ya hemos mencionado, trató desde entonces con el despectivo apelativo de “las Cervantas” en alusión a supuestos comportamientos deshonestos y transgresores.»

«[...] Esa mala fama, acriticamente aceptada por la posteridad, irradia principalmente de las corrosivas declaraciones de la beata Isabel de Ayala en el proceso de Ezpeleta. Esta señora, que vivía en la buhardilla de la casa, declaró que en la vivienda de los Cervantes entraban y salían hombres con cierta asiduidad, lo que para ella corroboraba la dudosa moralidad de sus vecinas. Unas torticeras declaraciones que, sumadas a la noticia de pleitos por promesas matrimoniales incumplidas, arrojaron tantas dudas sobre la vida

sentimental de las hermanas, la sobrina y la hija del escritor que desde entonces aparecen unas veces como “cortesanías honestas”, o sea, discretas meretrices de alto standing, al estilo de las italianas reflejadas por Castiglione, que practicaban la prostitución encubierta. Otras veces como simples «mantenidas», que obligaban al escritor a prodigarse en obras meramente alimenticias para sustentarlas.»

«Para otros las Cervantas eran la perfecta imagen del quiero y no puedo, mujeres escasas de recursos que mantenían relaciones con caballeros solventes a cambio de regalos y contraprestaciones económicas. Omiten estos autores que parte de las dotes y ajuares documentados en casa de los Cervantes provienen de herencias y de trabajos honrados y esfuerzos de toda la familia, aunque sea cierto que recibieron sumas de dinero fruto de pleitos ganados por incumplimiento de promesa matrimonial, pleitos que sin el apoyo del entorno familiar se hubieran perdido. Entonces, ¿era la familia cómplice y encubridora de tales actividades?»

«González de Amezúa va más allá en calificar a la familia Cervantes: “No son, en verdad, altamente honrosos ni ejemplares, aquella familia — digo — un tanto buscona, capitaneada por doña Andrea”, mientras que otros cervantistas se muestran más comprensivos con las desdichas de las Cervantes: “Y no tienen más lunares en su historia que haber dado crédito a promesas de caballeros, que no lo parecen cuando no las cumplen”. La feminista Lidia Falcón subraya la modernidad del pensamiento de Cervantes, quien defiende, a través de sus heroínas, la libertad de las mujeres de escoger marido y de casarse o de permanecer solteras. Paralelamente, a medida que se van conociendo más datos biográficos del escritor, la crítica misógina permanece y las mujeres de la familia continúan denostadas moral y socialmente. [...] Para la hispanista italiana Rosa Rossi, por ejemplo, se trata de “mujeres que se hacían mantener por un rico protector tras otro, pero siempre recibiendo honestamente, como buenas burguesas, en su misma casa, siguiendo el precedente de su tía María.” [...]. Antonio Muñoz Molina escribe: «Cervantes siguió viviendo de alquiler en casas estrechas y mal acomodadas, siempre rodeado de esa familia nada usual, y quizás poco respetable, en una confusión en la que le costaría mucho concentrarse para escribir algo, con gente ruidosa entrando y saliendo a deshoras, según los chismes malévolos del vecindario.»»

«Nadie se ha parado a pensar que quizá esas mujeres liberales y valientes que Cervantes retrata en sus obras puedan estar inspiradas en las de su familia. [...] En el cuarto centenario de la muerte de Cervantes se presentó la obra de teatro *Las Cervantas*, escrita por Inma Chacón y José Ramón Fernández, [...] en la que se las reivindica como mujeres valientes y libres que han sido maltratadas por la historia. Uno de los pocos alegatos a favor de ellas.»

«Las mujeres Cervantes dejaron su huella en diferentes actas y protocolos notariales que el profesor Krzysztof Sliwa ha reunido en más de mil quinientas páginas: partidas de bautismo, inventarios de bienes, testamentos, donaciones, dotes y ajuares domésticos, contratos y facturas de trabajo, curadurías, préstamos, poderes, pleitos, etc. Esta documentación proporciona información de cómo vivían y se relacionaban y acerca de la configuración de sus casas y ajuares, elementos hasta ahora ignorados. [...] Un examen atento a todos estos documentos demuestra que las Cervantas no solo no fueron una carga, sino que constituyeron un apoyo moral y económico para la familia y para el gran escritor, cuya

vocación no siempre fue rentable. [...] El propio Cervantes confirma su débito con las mujeres de su familia, que «gastaron el patrimonio que tenían» en rescatarle y «toda la hacienda de sus padres y las dotes de sus hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos».

UNA INJUSTICIA HISTÓRICA

«Cuando hice una lectura ponderada y crítica de los documentos cervantinos existentes, comprendí la injusticia con que la historiografía ha tratado a estas mujeres, al presentarlas como prostitutas encubiertas o unas mantenidas que supusieron una carga para el pobre y cansado Cervantes. Una imagen social de cortesanas de vida regalada plagada de tópicos y estereotipos forjados esencialmente por los cervantistas del siglo XIX que no corresponde a la realidad documental. [...] quiero dejar constancia de una aclaración previa a los capítulos. Este estudio no es una biografía de Miguel de Cervantes, ni mucho menos una investigación sobre su obra. Las páginas que siguen hablan de las circunstancias vitales de las mujeres de su familia, a las que la crítica cervantina ha vapuleado. [...]»

«Como antropóloga me interesaba investigar el papel de las mujeres dentro de la familia Cervantes y qué herencias, dotes y ajuares aportaron al hogar, bienes y enseres que revelan interesantes datos sobre la vida familiar de la época. Excuso señalar que este material biográfico apenas ha sido examinado por los cervantistas, salvo para enumerar unas reveladoras listas de objetos domésticos de las que no trasciende enseñanza alguna. Existe una abrumadora cantidad de estudios sobre Cervantes y su época, y sin embargo los eruditos han restado protagonismo a las mujeres de su familia, que apenas han merecido atención particular -salvo escasas excepciones-, por considerar que no se ajustaban moralmente a la ejemplar imagen de Cervantes establecida por sus primeros biógrafos.»

[...] Las mujeres Cervantes sabían leer y escribir (al menos, firmar) en una sociedad mayoritariamente analfabeta, donde a la mujer se la educaba para casarse o para meterse a monja. Tanto el escritor como sus hermanas se criaron entre libros. En su casa tenían la Gramática de Nebrija, tratados de medicina y otros libros devocionales y de entretenimiento, según consta en la lista de los bienes confiscados en 1552. Al indagar sobre otras mujeres de la época de parecido nivel social, podemos ver diferencias. Resulta que Isabel de Carpio, la hermana de Lope de Vega, no sabía firmar; ni la madre y hermanas del maestro López de Hoyos; tampoco la madre y la hermana de Shakespeare. Las Cervantas tuvieron tratamiento de doñas y, por lo que conocemos de sus ajuares y relaciones, probablemente fueron mujeres agraciadas, quizá rubias como Miguel, según se autorretrata en sus Novelas Ejemplares. Cotarelo sugiere que detrás del color rubio de casi todas las heroínas de Cervantes, existe algún vínculo familiar. «Las heroínas de Cervantes, son pues, todas rubias, Galatea, Caliope, Silveria, Nisida, Dulcinea, Dorotea, Quiteria, Altisidora, las doncellas de las redes, la Gitanilla, Leonisa, Leocadia, Constanza, Auristela, Leonor, etc.,» [...]

«Las mujeres Cervantes eran personas viajadas y cosmopolitas, dado que les tocó vivir (por suerte o por desgracia) una vida itinerante y residir en ciudades importantes: Alcalá de Henares (centro del saber y de la ciencia en España), Córdoba, ciudad culta con intelectuales destacados, y Sevilla, una de las urbes más comerciales y cosmopolitas de la Europa del siglo XVI. Sin olvidarnos de Madrid y Valladolid, sedes de la corte, donde se celebraban los grandes

acontecimientos políticos, sociales y culturales de la España imperial. La parte negativa, que los alquileres eran altos y escasos. Igual que hoy.»

«Las Cervantes, en contra de lo que se cree, fueron mujeres independientes, porque cuando fue necesario consta que trabajaron para ganarse el sustento. Andrea, la hermana mayor del escritor, se independiza en 1573 y pone en la céntrica calle de la Reina, en Madrid, un taller de costura de ropa blanca y bordado (hecho que conocemos por el contrato que firma una de sus aprendizas) [...] La obra de Cervantes está plagada de referencias a randas (encajes) y vestimenta lujosa de todo tipo. Sobre el trabajo con la aguja de las mujeres Cervantes, se ha frivolidado cuando no se ha pasado por alto. Algo parecido puede decirse de la venta de naranjas y paños, a lo que se dedicó la madre de Cervantes a escala internacional, nada menos.»

«El protagonismo y el poder que tenían las mujeres en casa de los Cervantes se hace evidente a la luz de lo que conocemos por los documentos. Cuando llega la familia a Madrid, en 1565, goza de un nivel de vida más o menos desahogado gracias a la herencia de la abuela argandeña, herencia que les ayudó a instalarse en la corte en busca de futuro para sus hijos. Después dispusieron de la generosa dote que el genovés Locadelo (paciente del padre de Cervantes) dona a la hija mayor, su enfermera o amante. Sin duda estas aportaciones económicas femeninas ayudaron al joven Cervantes a estudiar de pago en el estudio del maestro Hoyos y a relacionarse con lo más granado de la sociedad literaria madrileña, como Pedro Laínez, Maldonado y Montalvo, entre otros.»

«Respecto a su solvencia moral, debemos aclarar que, en una época en que la mujer no estaba considerada sujeto jurídico, las Cervantes impidieron embargos familiares; les adjudicaron tutorías de hijas, sobrinas y primas; pleitearon con donjuanes por incumplimiento de promesa matrimonial; asumieron la jefatura familiar en ausencia de sus hombres, e, incluso, actuaron como secretarías de Miguel de Cervantes ante la Hacienda Real. Aunque la actuación judicial no prueba por sí sola la reputación moral, si hubieran sido unas busconas de medio pelo, como las describen algunos autores, jueces, notarios y escribanos, es del todo imposible que se las consideraran dignas de tantos respetos. [...] Pero, si como indican las fuentes, fueron mujeres generosas, fuertes y solventes, ¿cómo arrastran esa mala reputación?»

LA MALA FAMA

«[...] La misoginia cervantista de entonces no tuvo en cuenta tiempos ni contextos, ni el antes ni el después de Trento, y metió en el mismo saco a tres generaciones de mujeres Cervantes con supuesto pasado turbio.»

«Basta indagar en los archivos de la época para comprobar que las relaciones amorosas y matrimoniales sufrieron importantes cambios en el siglo XVI y que no resultaba fácil para una mujer demandar a un burlador rico para obtener una compensación económica por promesa matrimonial incumplida. De los argumentos empleados por los abogados y testigos del falso prometido, se deduce el escarnio público al que se exponían las mujeres burladas por un donjuán y el dinero y tiempo que les costaba pleitear.»

«Gracias a los nuevos documentos aparecidos, conocemos algo más a la hija de Cervantes,

Isabel de Saavedra, fruto de su relación con la tabernera madrileña Ana de Villafranca, aunque los cervantistas de buena parte del siglo XIX la idealizaron por considerarla hija de una misteriosa dama portuguesa con la que Cervantes tuvo una aventura en Portugal y por pensar que acabó profesando en el convento de las trinitarias de Madrid. Hoy sabemos que se casó dos veces y llevó una vida acomodada en Madrid, gracias a su padre, que le procuró casa de cierto nivel con oratorio particular y reliquias de las más solicitadas en Madrid, además de un entierro de campanillas. Paradójicamente, fue sepultada en el mismo cementerio que su madre (la tabernera Ana Villafranca) y que su abuela paterna (Leonor de Cortinas) en la iglesia de San Martín. La misma parroquia, por cierto, en la que se celebraron las velaciones de Miguel de Cervantes con Catalina de Salazar.»

REPARAR UNA INJUSTICIA

«No sabemos si Miguel de Cervantes estaría contento con el trato dado a las mujeres de su familia. En vida les mostró su agradecimiento público por solventar los problemas económicos y familiares precisamente cuando él y su hermano se enrolaron en los tercios de Roma y las dejaron solas a expensas del cirujano sordo y casi sesentón de su padre, convertidas en cabezas de familia. Así que las Cervantas merecen ser recordadas como unas mujeres liberales, luchadoras y generosas que prestaron su apoyo a uno de los más grandes escritores de la humanidad.»

EL CLAN FEMENINO DE LAS CERVANTAS

LEONOR DE CORTINAS (1520-1593) MADRE DE CERVANTES

«Nacida en Arganda. De su madre aprende a leer y a escribir, también a gobernar una casa. Casada con Rodrigo de Cervantes, de oficio cirujano sangrador con sordera progresiva y aficionado a los juegos ecuestres. El destino les depararía siete hijos (Cervantes, el cuarto). Leonor se convierte en una madre coraje cuando los piratas berberiscos secuestran a sus hijos Miguel y Rodrigo. Se hace pasar por viuda y consigue licencia para vender paños y naranjas en el extranjero, para completar el rescate de sus hijos.»

MAGDALENA DE CERVANTES (1552-1611) HERMANA PEQUEÑA DE CERVANTES

«Nace en Valladolid a la vez que su padre es encarcelado por deudas. Cambia el apellido Cervantes por el de Pimentel y Sotomayor. Asume la tutela de Isabel de Saavedra, hija de Cervantes, de quince años, a la que enseña a coser, bordar. Ayuda a su hermano Miguel a resolver diversos trámites administrativos ante la Hacienda Real. Tras varios desengaños amorosos profesa como beata con el nombre de Magdalena de Jesús.»

CATALINA DE SALAZAR Y PALACIOS (1565-1626) ESPOSA DE CERVANTES

«Nacida en Esquivias (Toledo). Catalina conoce a Cervantes cuando viaja a Esquivias para organizar el Cancionero, de su amigo recién fallecido Pedro Laínez. Catalina y Miguel se casan en diciembre de ese mismo año, Miguel con treinta y siete años, y Catalina con diecinueve. Catalina supo sobrellevar ciertas particularidades de los hombres Cervantes,

como la de casarse después de la treintena, aportar escasas arras al matrimonio y llevar una vida itinerante.»

ISABEL DE SAAVEDRA (1584-1652) HJA DE CERVANTES

«Madrileña. Hija adulterina de Cervantes y de la tabernera Ana Villafranca, contaba ocho meses de edad cuando su padre se casa en Esquivias con la hidalga Catalina de Salazar. Al quedarse huérfana con apenas quince años su tía paterna Magdalena asume su tutela se compromete a enseñarle a coser y a bordar y suministrarle comida, cama y camisa bordada. Acaba su vida como una auténtica burguesa madrileña.»

LAS CERVANTAS, ESAS DESCONOCIDAS

MUJERES QUE SABEN LEER Y ESCRIBIR | «La mayor fortaleza de las mujeres Cervantes radicó en su educación. Rodrigo y Leonor enseñaron a sus hijas Andrea, Luisa y Magdalena a leer y escribir igual que a sus hermanos, lo que contradecía la norma general de prepararlas solo para el casamiento. La idea dominante en la época, la de una mujer discreta y virtuosa relegada a cuidar, criar y rezar, no siempre imperó en el hogar de los Cervantes a tenor de lo que nos cuentan los documentos.»

«¿Leían las Cervantas los libros y escritos de Miguel? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que custodiaban sus manuscritos de poesías, comedias y novelas en el cofre de los papeles mientras el escritor viajaba o estaba fuera de casa. [...] Incluso en sus testamentos las mujeres Cervantes otorgan mandas para la compra de libros. Catalina de Salazar, esposa de Cervantes, dispone cierta cantidad de dinero para que su hermano Antonio de Salazar «compre libros». A ella debemos que la novela póstuma de Cervantes, *Los trabajos de Persiles*, se publicara al poco tiempo de fallecer su marido. También la hija de Cervantes consigna en sus últimas voluntades: «Mando a Doña Antonia de Gomara, mi amiga y señora, quinientos reales para ayuda a libros a Don Gregorio, su hixo».»

TRATAMIENTO DE DOÑAS | «Los documentos notariales y mercantiles aplican a las Cervantes el distintivo de doña, un tratamiento limitado entonces a mujeres respetables y de cierta relevancia social. [...] En el *Quijote*, Cervantes trata esta cuestión con ironía: “Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero». A Sancho le complace que su mujer ascienda de categoría social y anteponga a su nombre el de doña: «Y verás como te llaman a ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo [...]»

HOGAR FAMILIAR Y PROFESIONAL | «Esta compatibilidad fronteriza del espacio familiar con el profesional, algo corriente en Europa en el siglo XVI, fue una constante en casa de los Cervantes, particularmente en Valladolid y Madrid, donde el hogar familiar hace las veces de consultorio del padre cirujano con sordera progresiva al que ellas auxiliaban como ayudantes [...]. Posteriormente, la casa de Andrea fue a un tiempo taller de costura

y bordado y vivienda. Sumemos a ello que, treinta años después, la casa de Miguel de Cervantes en Valladolid era el lugar donde el propio escritor recibía a socios y clientes relacionados con los negocios con los que suplementaba sus escasos ingresos como autor, a la vez que su hermana Andrea bordaba la manga distintiva (o sarracena) del señor de Higuera para el juego de cañas y confeccionaba camisas y calcetas para los marqueses de Villafranca. [...] Sabemos que por la vivienda familiar pasaron intelectuales, nobles y comerciantes. No debe extrañarnos la existencia de una lícita amistad o de un cortejo con alguna de las mujeres de la casa que eran solteras e instruidas, y que estaban alejadas del arquetipo de las mujeres de su tiempo.»

LA FAMILIA CERVANTES-CORTINAS

«La madre de nuestra familia protagonista, Leonor de Cortinas, descendiente de un antiguo linaje castellano, se pasaba el día cosiendo y bordando en compañía de sus criadas, tal y como era la costumbre de la época. Recluida en su casa, lo que dictaba la costumbre era esperar la aparición de un pretendiente que la rescatara de su aldea natal de Arganda. [...]. Hija única de doña Elvira de Cortinas, de la que adopta su apellido, es educada como una dama renacentista, por lo que también sabía leer, escribir, rezar y cuidar de la hacienda.»

«Estos hábitos propios del momento quedan reflejados en algunos pasajes del Quijote, por ejemplo, cuando escuchamos en la voz de Dorotea lo siguiente: «Que pasando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, a mí parecer, de otra persona que de los criados de casa, [...]»

VALLADOLID, COMENZO DE LA VIDA ERRANTE

«Por lo que sabemos, la consulta profesional del cirujano tuvo menos clientela de lo que se esperaba. Llegado el plazo acordado para pagar el alquiler, “la dicha doña María de Cervantes, dixo no tener dineros pero que le daría prendas [...] y cumplida la otra mytad del arrendamiento [...] la pidió dineros; porque dixo que se iba a Madrid, la cual dixo no los tener”. [...] Había dos pagos pendientes: el arrendamiento de las casas y un préstamo de 44.472 maravedíes, obtenido bajo la fianza de María de Cervantes y del calcetero Pero García, con plazo de vencimiento el día de San Juan. El acreedor lo reclamó a los fiadores. María ofreció una saya de terciopelo negro y ropa de casa por valor de veinte ducados. No era suficiente, [...]»

«Así que tenemos a estas tres mujeres pertenecientes a la clase media alcalaína, con nivel superior a la mayoría de las mujeres del humilde barrio del Sancti Spiritu vallisoletano, que ven embargados sus enseres y ajuares por impago de una deuda de cuarenta mil maravedíes contraída por el cabeza de familia. [...] Tras este suceso, se agruparon en el piso superior, habitado por la abuela Leonor y la tía María, para ahorrar gastos. No les sobraba espacio, y además Leonor estaba a punto de dar a luz a Magdalena.»

«El panorama familiar que nos muestra la historia en este punto no era muy halagüeño: una anciana casi en la setentena, abandonada por su marido catorce años antes; su hija María, soltera y madre de más de cuarenta, que arrastraba la afrenta de haber sido burlada por el hijo bastardo del duque del Infantado, y la nuera Leonor, de casi treinta, embarazada

y con cuatro hijos, de siete, cinco, tres y un años, colgados de su halda. [...] **Podemos deducir que a estas mujeres no les quedó más remedio que tomar las riendas de sus vidas porque el único hombre de la casa no solo se mostraba incapaz de mantener a la familia, sino de cumplir con los compromisos económicos contraídos.»**

«Cabe pensar que la abuela paterna, Leonor de Torreblanca, usó de su experiencia en temas jurídicos, aprendidos de su marido, el abogado Cervantes, y declaró ante la justicia que los bienes embargados le pertenecían, con lo que obtuvo su restitución. Doce años más tarde, su nieta Andrea pasaría por un trance parecido en Sevilla y dejaría patente ser descendiente del jurista Cervantes para salvar a su padre de otro inminente embargo. De igual forma, Leonor de Cortinas, veintisiete años después, se haría pasar por viuda para rescatar a sus hijos del cautiverio de Argel. **Se deduce que la sombra alargada del abogado Cervantes se proyecta en su familia, especialmente en las mujeres, cuando se ven en apuros. Del abuelo cordobés aprendieron a pleitear en los tribunales y a desenvolverse con soltura ante escribientes y notarios.»**

«No conocemos mucho de la infancia y adolescencia de los Cervantes, pero podemos aventurar que ninguna de las tres hermanas, Andrea, Luisa y Magdalena, asistieron a la escuela. Las enseñanzas de lectura, escritura y labores domésticas las recibirían en casa por parte de su madre y abuelas, que les transmiten lo aprendido generación tras generación con la intención de convertirlas en jovencitas casaderas de buena fama. Es lo que se considera, y Cervantes lo pone en boca de uno de sus personajes: «Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene.»»

ANDREA, SEDUCIDA Y ABANDONADA

«Andrea de Cervantes y Cortinas tuvo la suerte de vivir en una Sevilla famosa por la libertad de trato existente entre hombres y mujeres por influencia de las colonias italianas y flamencas instaladas en ella. [...] Andrea se enamoró de un pretendiente, Nicolás de Ovando, nacido hacia 1520, con el que concertó los esponsales. Ambos se otorgaron promesa nupcial (¿en secreto?), lo que allanó el camino para mantener relaciones prematrimoniales.»

«No era un cualquiera el enamorado. Nicolás era vástago de una familia de la nobleza media extremeña. Su padre, Nicolás Carrillo, doctor en Leyes y caballero de Santiago del Consejo de su Magestat. [...] El enamorado Nicolás hizo la firme promesa a Andrea de que se casaría con ella, pero cuando comunicó sus intenciones nupciales y la palabra marital dada a su prometida, la familia del joven se opuso firmemente y presionó para que rompiera la promesa matrimonial apelando a la desigualdad social y a otra motivación de urgencia económica: los Ovando estaban en quiebra y necesitaban casar al primogénito con una dama acaudalada para remontar el capital familiar. [...]»

«Conflicto: Andrea estaba esperando un hijo. ¿Qué hacer? [...] Los cambios en materia matrimonial del Concilio de Trento todavía no estaban operativos. El acuerdo nupcial entre los enamorados tenía validez legal de contrato, lo que determinó un conflicto jurídico

porque los Ovando rechazaban a la novia embarazada de su hijo. De la relación de Andrea con Nicolás nació Constanza, la querida sobrina de Miguel de Cervantes.[...] La obra de Cervantes documenta abundantemente las suertes del idilio y los primeros encuentros amorosos: «... quedó suspendido y atónito de su hermosura y no acertó a preguntarle nada, tal era su suspensión y embelesamiento».»

LA IMPORTANCIA DE LA DOTE Y DE LAS ARMAS

«Proveer de dote o de ajuares domésticos a las hijas casaderas representaba una hemorragia económica para cualquier familia. Lo hemos visto en nuestras casas hasta hace poco tiempo. Suponemos que suministrar tres dotes a las hidalgas hijas del matrimonio Cervantes-Cortinas constituía un esfuerzo descomunal para el cirujano Rodrigo de Cervantes.»

«Las dotes y ajuares de las mujeres Cervantes estaban dentro de lo común en su entorno social (conocemos la dote nupcial de la abuela paterna y las de la madre, esposa e hija del escritor), sus hermanas obtuvieron sus bienes dotales con su esfuerzo, salvo la pequeña dote que hereda Andrea de su abuela paterna, que por circunstancias familiares también fue empleada en rescatar a sus dos hermanos cautivos en Argel. [...] El contrapunto a la dote femenina lo constituye las arras o “bolsa del marido”, que podía consistir en dinero u objetos. La presencia de dinero y objetos patrimoniales aportados en las arras por los Cervantes es más bien escasa. Las arras del escritor, computadas como la tercera parte de sus bienes, no sobrepasaban la cuantía de 50.000 maravedís, que en el siglo XVI era lo corriente en las clases medias.»

PROMESAS DE MATRIMONIOS INCUMPLIDAS

«Tres generaciones de mujeres Cervantes sufrieron incumplimiento de promesa dotal y matrimonial. El más sonado fue [...] el proceso de María de Cervantes (tía paterna del escritor) contra el hijo bastardo del duque del Infantado Martín de Mendoza (apodado “el Gitano”) en 1531, del que obtuvo el reconocimiento de una hija bastarda y una crecida dote. Si exceptuamos a la tía María, en el resto de las Cervantas veremos que no pudo mediar cálculo económico, puesto que se enredaron con hidalgos de escaso peculio y con hijos de familias de nobleza media arruinadas.»

«También las hermanas de Cervantes, Andrea y Magdalena, y su sobrina Costanza de Ovando, hija de Andrea, se verán implicadas en demandas por incumplimiento de promesa matrimonial. Todas ganarán los pleitos.»

«La profesora Milagros Álvarez señala la contradicción de una sociedad que por un lado mantenía una larga tradición de sexualidad prematrimonial entre los jóvenes (demostrada por los altos índices de uniones ilícitas e hijos ilegítimos aún presente en el Siglo de Oro), mientras que por otro encumbraba la virginidad y restringía la sexualidad al matrimonio sacramentado. En consecuencia, los galanes enamoradizos acudían a la promesa matrimonial como recurso infalible para quebrantar la resistencia femenina y las jóvenes doncellas accedían con la esperanza de que se cumpliera. [...] También en esta situación Cervantes une literatura y realidad social. [...] Llevados ante la justicia, solían alegar los

burladores que la mujer había consentido libremente el acceso carnal sin exigir nada a cambio. Ellas, por el contrario, debían probar mediante testigos respetables y responder a preguntas de cuestiones íntimas y desagradables que nunca hubieran consentido tal intimidad de no mediar firme promesa matrimonial.»

«[...] algunos autores afirman que de las promesas matrimoniales otorgadas por adinerados pretendientes vivieron tres generaciones de mujeres Cervantes. [...] En los documentos consultados constatamos que, salvo la carta dotal de la tía María, negociada por su padre con el hijo bastardo del duque del Infantado, las cuantías económicas sentenciadas favorables a las hermanas y a la sobrina de Cervantes no daban para llevar la vida regalada que les suponen algunos cervantistas.»

«PREÑADAS Y BURLADAS»

«Además de desfloradas y abandonadas, dos de las mujeres Cervantes quedaron embarazadas siendo menores de edad. Esta desgracia, como veremos, se repite en el caso de la tía María y de Andrea, la hermana mayor del escritor.» [...] Por lo general, la novia embarazada exigía al novio que celebrasen inmediatamente el matrimonio, para asegurar la legitimidad del hijo y evitar el escándalo familiar. En esta circunstancia el novio podía optar por asumir sus obligaciones casándose y aceptando la paternidad de la criatura o por rechazarlas, lo que ocasionaba el abandono y el pleito. [...] La ley establecía que el burlador debía casarse si era soltero o viudo o pagar determinada cuantía para compensar a la burlada y alimentar a la criatura. En el caso de María y Andrea de Cervantes hubo reconocimiento de paternidad y compensación económica, pero el honor y la vida del burlador no quedó alterada.»

«[...] no sabemos si Andrea fue consciente de que la parte contraria intentaría desacreditarla con falsas acusaciones y chismes sobre su honestidad, es probable que, en ese caso, se recluyera en la casa y se dedicara a las labores de aguja mientras avanzaban tanto el embarazo como la negociación con los Ovando. ¿Pensaría en ella Cervantes cuando expuso el triste desahogo de una mujer abandonada? “¿Qué camino es el mío, o que salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo? ¡Ay, pocos y mal experimentados años incapaces de toda buena consideración y consejo!”.»

«Ante la actitud evasiva de los Ovando, los Cervantes llevaron el asunto a los tribunales. Finalmente se alcanzó un acuerdo económico: Nicolás de Ovando satisfaría una cantidad por abandono e incumplimiento de promesa matrimonial, reconocería su paternidad⁴⁵ y otorgaría sus apellidos a la niña (Constanza de Ovando), además de comprometerse a entregar la cantidad estipulada. [...] Se repetía la historia de la tía María, aunque esta vez en muy distintas circunstancias. No existía convivencia, no existía carta dotal que presentar ante la justicia y sobre todo no existían la energía y profesionalidad con que el jurista Juan de Cervantes había defendido a su hija.»

EL PLEITO DE LA TÍA MARÍA

«Examinemos ahora la carrera amorosa de la hermana del padre de Miguel de Cervantes, la tía María. El pleito más antiguo y famoso, que para algunos determina el *modus operandi* de las mujeres de la familia.»

«El matrimonio Cervantes-Torreblanca, con sus hijos y criados, se instala en Guadalajara en las casas del quinto conde del Priego. En esa vecindad y confianza, el hijo bastardo del duque, Martín de Mendoza, arcediano de Talavera y Guadalajara, ya cuarentón, se prenda de la veinteañera de María Cervantes (la tía María de nuestra historia) y la convierte en su amante, para lo que, según las liberales costumbres de la época, no es impedimento su condición eclesiástica. [...] Parece que el licenciado Juan de Cervantes no se opuso a los amores de su hija con el arcediano. La relación era pública y aceptada. Incluso los hermanos de María intercambiaban mensajes entre los miembros de la pareja. [...]»

«Lejos de amilanarse ante el poder del duque, el licenciado Juan de Cervantes apela a su larga experiencia como jurista y logra probar las falsedades lanzadas contra él y su hija por los testigos del arcediano. Alega María de Cervantes que su relación con el duque nació de las visitas amistosas de Martín de Mendoza a la casa familiar, visitas que desembocaron en relaciones amorosas bajo reiteradas promesas de matrimonio o de remedio económico ante el abandono que la ley establecía, ratificadas por una carta dotal y la existencia de regalos y por el conocimiento de criados y testigos. [...] La justicia determinó que el contrato cumplía todos los requisitos legales. Martín de Mendoza se vio obligado a reconocer la paternidad de Martina de Mendoza y a satisfacer la generosa dote de 600.000 maravedís que por ley pertenecía a María («Anexo IV»).»

«La mayoría de los cervantistas vinculan el episodio amoroso de la tía María con los de las hijas y nietas de su hermano Rodrigo, como si el ejemplo de la primera hubiera inspirado los comportamientos de las Cervantas. No se detienen a considerar que se trata de épocas y situaciones distintas. Entre la tía María y el hijo del duque del Infantado al parecer existió concubinato clerical (o barraganía), una unión semejante al matrimonio y frecuente en la sociedad de entonces, especialmente entre clérigos. Tengamos también en cuenta las relajadas costumbres anteriores al Concilio de Trento.»

LA HIJA MONJA SOR LUISA DE BELÉN Y CERVANTES

«La vida de la segunda hija de los Cervantes-Cortina en el palomarcico (de este modo se denominaba a los conventos pequeños en la época) de Alcalá no se parecía a la vida conventual que podemos imaginar.»

«Dos años después de profesar, Luisa conoció personalmente a la madre Teresa de Jesús, que visitó en 1567 el convento alcalaíno cuando iba camino de Malagón. [...] Confrontada con tal situación, Teresa de Jesús permaneció tres meses en Alcalá para enderezar la vida conventual de la nueva fundación carmelita. [...] La convivencia de Luisa con la madre Teresa fue un consuelo para la segunda hija de los Cervantes y hermana del escritor, y lo cierto es que tenían varias cosas en común. Procedían de familias con negocio de telas (sospechosas de linaje converso) y se criaron en ambientes medianamente acomodados en los que se aprendía a leer y escribir. Imaginamos a la madre Teresa de Jesús contándole a sor Luisa de

Belén su afición desde pequeña a leer novelas de caballerías y vidas de santos y la huida de su casa junto con su hermano Rodrigo en busca del martirio en tierra de infieles. Luisa le comentaría que algo parecido ocurría en la suya: su hermano Miguel era tan aficionado a la lectura que hasta leía desde pequeño los papeles rotos que encontraba por la calle.»

«Teresa de Jesús necesitaba monjas letradas como la hermana de Cervantes para que fijaran las reglas por escrito y leyeran las crónicas de la orden en voz alta, en el refectorio. Luisa era de las pocas que sabían leer y escribir, y por lo tanto resultaba idónea para aquella reforma teresiana pionera en romper con la desigualdad de clase en el reclutamiento de mujeres para conventos y beaterios.»

LOS CERVANTES EN MADRID

«En menos de siete años el cirujano, cada vez más sordo, liquidó la herencia de la suegra en préstamos y componendas financieras, quizás con la intención de proyectar una identidad de familia hidalga acomodada por encima de sus posibilidades. Sus aficiones tendían más a relacionarse con hombres de negocios y faranduleros que a aumentar y consolidar la clientela quirúrgica. [...] Aun contando con este pequeño capital y con la generosa dote del genovés Locadelo, Andrea no pudo acomodarse con proyecto matrimonial alguno, porque sabemos que tanto la dote del italiano como la herencia de su abuela paterna las invirtió en independizarse y poner un taller de ropa blanca, así como en el rescate de sus hermanos cautivos y, además, estaba al cargo de sustentar a los ancianos padres con ciertas comodidades para un cirujano sangrador [...].»

«[...] Lo cierto del caso es que Miguel hirió en una pelea al alarife real Antonio de Segura o Sigura, por lo que la justicia ordenó prenderlo y disponer su ingreso en prisión. ¿Fue por motivos de honor? ¿Quizá en defensa de la honestidad de su hermana Andrea? Porque no todas las honras de las féminas ultrajadas por los donjuanes de turno se dirimían en duelo, aunque así lo exprese Cervantes [...]. Ante la perspectiva de que lo condenasen a perder la mano cortada a la altura del puño a manos del verdugo local, el escritor huyó a Italia abandonando estudios, familia y amigos. Menos creíble es la hipótesis de que formara parte del grupo de poetas jóvenes que marcharon a Roma con el joven cardenal Acquaviva al disolverse la Casa del Príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, tras su muerte por esas fechas.»

«Mientras los padres y hermanas esperaban que los dos soldados ausentes ascendieran en la carrera militar, los Cervantes liquidaban la hacienda de Arganda y las mujeres se ganaban la vida cosiendo y bordando en su taller de costura para completar las escasas aportaciones del cirujano sordo y cincuentón. La familia cultivaba nuevas amistades madrileñas, como Alonso Getino de Guzmán, vinculado al consistorio municipal, y los comerciantes italianos Pirro Bocchi y Francesco Musacchi, testigos firmantes en el certificado de limpieza de sangre solicitado por Miguel desde Roma.»

«Es posible que Rodrigo de Cervantes fuera un padre liberal y algo blando con sus hijas, como al parecer también lo fue su progenitor, el jurista Juan de Cervantes con su hija María, y su hijo Miguel con Isabel. Incluso cuando intentó asumir una actitud autoritaria y paternalista, dándole

buenos consejos sobre la inconveniencia de su primera boda con Diego Sanz, Isabel no los siguió y se casó en contra del parecer de la familia. ¿Es posible que esta liberalidad paterna facilitara que las Cervantas mantuvieran relaciones con sus amantes en el hogar familiar, como tan alegremente se afirma? ¿Eran consentidoras también las madres de tales relaciones? No lo parece. Los tratados de la época inciden en la importancia materna en dichos temas y ninguna de las tres esposas de los Cervantes (padre, hijo y nieto) fue acusada por testigos o vecinos de ser consentidoras de vida licenciosa por parte de sus hijas. [...]»

DAMAS DE ESTRADO

«En base a las almohadas de estrado descritas en sus ajuares domésticos, podemos imaginar a la madre y hermanas de Cervantes sentadas en las “almohadas de terciopelo verde de estrado”, intercambiando novedades y cotilleos y confidencias sobre los amores inconvenientes, o mientras relatan a las visitas que sus hijos y hermanos, de veinticuatro y veintiún años, lucharon en “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, y esperan ver los venideros” y cómo el hijo mayor, Miguel, postrado en un camastro con fuertes calenturas, se olvidó de la fiebre y subió valerosamente a la cubierta de su galera para luchar por “Dios y su Rey”, y que por ello recibió dos arcabuzazos, uno en el pecho y otro en la mano izquierda, que lo dejaron lisiado. [...] De la obra de Cervantes podemos entresacar un tratado de modas y telas de la época. Cuando el doctor Thebussen escribe sobre las preferencias de Cervantes por el color verde, resalta de su admirado Aureliano Martínez Guerra la frase: “Y encanto al describir galas, vestidos y sitios y lugares, nadie aventajó a Cervantes”. El escritor está familiarizado con telas y hechuras. En *La ilustre fregona* describe minuciosamente la indumentaria y adornos de una dama española:»

LOS PLETOS DE ANDREA Y MAGDALENA

«Las dos hermanas solteras de Cervantes, Andrea y Magdalena, cayeron en manos de dos libertinos, los hijos de Pedro Portocarrero, general de La Goleta, que cobraron fama de mujeriegos en la corte de Madrid. Parecían un buen partido, pero en realidad, además de las escasas prendas morales, estaban entrampados con sastres y banqueros (los Fúcares).[...]Desconocemos si las hermanas Cervantes cobraron tales deudas. En cualquier caso, este episodio con los Portocarrero nos permite sospechar que Andrea y Magdalena de Cervantes se enredaron en amistades equivocadas y con galanes acostumbrados a otorgar promesas de matrimonio fingidas y a sablear a sastres. A no ser que nos parezca más plausible que unas mujeres no sobradas de dinero prestaban su escaso pecunio a unos tipos de pésima fama en la corte. Posteriormente Magdalena mantuvo otra relación (entre 1578 y 1580) con Fernando Lodeña o Ludeña, hidalgo manchego conocido de los Cervantes que mientras cortejaba a Magdalena estaba prometido con María de Urbina y Alderete, cuñada de Lope de Vega, con la que finalmente se casó.»

«Las hijas del cirujano Cervantes afrontan la adversidad económica y los infortunios personales y familiares. Las encontramos activas y emprendedoras, ayudando a su padre en su labor sanitaria, y a la hija mayor instalando taller propio de costura y bordado de «ropa blanca», con telas y adornos de primer nivel para la clase alta. Pocas hidalgas de su ámbito social se convirtieron en empresarias de la aguja con una aprendiz a sueldo que permanece bajo el

mismo techo de la maestra, bajo su tutela. Injerencia femenina inusual en el poderoso gremio textil de Madrid, que incluso, amenazaba con prisión a las mujeres que osaban transmitir en los sus talleres saberes artesanales, caso de la pasamanera Mariana de Araso en 1609. Por tanto, no tenían necesidad perentoria de buscarse la vida con relaciones ilícitas⁶⁸. Por tanto, no tenían necesidad de buscarse la vida con relaciones ilícitas.»

LAS CERVANTAS: EMPRESARIAS DE LA AGUJA

«Las Cervantes pusieron taller de costura profesional en una época en que el gremio textil masculino relegaba costureras y bordadoras a la trastienda de los talleres de sastres, calceteros y jubeteros. Este aspecto social y laboral no parece haber llamado la atención de los cervantistas, suponemos que, por considerarlo irrelevante, o quizás por creer que era una tapadera de las supuestas actividades de prostitución encubierta desarrollada por las Cervantas. [...] Andrea de Cervantes instala su taller de costura y bordado en la céntrica calle de la Reina de Madrid, con un vecindario compuesto en su mayoría por médicos, sastres, jubeteros, mercaderes, vidrieros, carpinteros, barberos, etc. Centra su oferta en las llamadas «labores blancas»: confección y bordado de camisas, lencería, cuellos y puños y calcetas para clientela solvente [...]»

« “La ropa blanca dice quién es uno», expresaba Calderón de la Barca en una de sus comedias. Con estos cambios en la moda, las discretas camisas medievales con una sencilla abertura delantera hasta el pecho experimentan grandes novedades y oscilaciones de calidad y precio, comprendido entre los veintiséis reales que cobraba Andrea por camisa frente a los once y medio de las humildes cosedoras de camisas de la calle de las Postas. Andrea, además de contar con la ayuda de su hermana Magdalena, contrata una aprendiz a soldada (sueldo), hija de una viuda, con el compromiso de enseñarle «a labrar» (bordar) y «coser y hacer cadenetes», además de la manutención, vestido, calzado, cama, etc. El sueldo no era de los más altos, pero sí bastante respetable para una aprendiz («Anexo XIII»). Coser y bordar no solo era labor de mujeres humildes. Desde tiempo inmemorial reinas y mujeres nobles, recluidas en sus alcobas o estrados, cosían y bordaban con puntadas minuciosas y decorativas primorosos paños de altar, mantos y túnicas para reinas y vírgenes y la ropa para cristianar a los infantes. Cervantes resalta esta tradicional ocupación femenina: «Señora principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mejor randera (encajera) en Toledo; canta a la almohadilla como los ángeles».4 Este quehacer femenino no se profesionaliza en España hasta el siglo XIX. Asimismo, a doña Rodríguez, el personaje del *Quijote*, el oficio de costurera le permite cubrir sus necesidades [...]»

«Andrea de Cervantes contaba entre la selecta clientela con grandes de España, entre ellos los marqueses de Villafranca y la hermana del duque de Monteleón, según los tres recibos encontrados en el archivo del marqués de Legarda, por los que muchos cervantistas han pasado de puntillas. [...] Es muy probable que la hija mayor de los Cervantes gozara de cierto prestigio entre las clases acomodadas de Madrid por sus trabajos de bordado y costura, y el traslado de la corte a Valladolid en 1601 la obligó a seguir el mismo camino que su clientela en 1603. En la ciudad del Pisuerga, Andrea también borda mangas distintivas para los juegos de cañas. El noble Fernando Álvarez de Toledo, señor de Hígaros, le encarga una para los juegos celebrados en Valladolid con ocasión del feliz parto de la reina Margarita. »

LOS DOS HERMANOS CAUTIVOS

«[...]Fueron años de calvario tanto para los dos hermanos como para la familia. Leonor de Cortinas, convertida en madre coraje, llamó a todas las puertas, solicitó ayuda económica a las órdenes redentoras de cautivos (la Merced y de la Trinidad), a diversas autoridades y a personas influyentes, aunque sin encontrar demasiado auxilio. Conmueve el relato de doña Leonor ante el Consejo de Cruzada para obtener un préstamo de sus fondos con el que rescatar a sus dos hijos cautivos. [...] El pago del rescate quebrantó la economía de la familia Cervantes, hecho corroborado en los documentos con la venta de pertenencias y la dote y ajuares de las dos hermanas. Rodrigo de Cervantes, padre, exige el pago de los 500 ducados que debía desde hacía años a su hija pequeña Alonso Pacheco Portocarrero, y otros 800 a un deudor cordobés que prestó tiempo atrás, pero sin resultado alguno. La familia subsistía con la costura y empeñando las joyas, textiles y muebles de la casa. Había que reunir el dinero para rescatar a los dos héroes de la familia. [...]»

«Leonor fue más allá. Asesorada por mercaderes italianos conocidos de la familia se hizo pasar por viuda, sin serlo, y solicitó licencia para exportar mercancías a mercados internacionales (paños, naranjas, vino, etc.), petición que alguna vez los alcaldes de la Villa y Corte concedían a las viudas con cargas familiares. Una vez otorgada la licencia, debía someterse a un rígido control de precios y calidades, tasas y repesos, que no siempre se cumplían. La madre y las dos hermanas se presentaron ante las autoridades como mujeres solas, sin amparo masculino y necesitadas de ayuda para rescatar a sus hijos y hermanos. De ahí que doña Leonor de Cortinas tuviera que recurrir a la artimaña de la viudez para obtener ayuda de las instancias oficiales. Con este subterfugio consiguió reunir algo más de dinero para el rescate. **La mujer que hacía las veces de cabeza de familia o motor económico de la prole no era una figura desconocida en la España del Siglo de Oro. Leonor de Cortinas comparece diez veces ante los organismos públicos competentes, entre 1575 y 1580. En cuatro documentos firma como viuda pobre que pide ayuda para rescatar a sus hijos exportando mercancía española a Argel.** Su protagonismo en las negociaciones del rescate de sus hijos permite suponer que, además de leer y escribir, sabía contar y mercader. [...]»

«Por la vía providencial o celestinesca de la Gaitán, Cervantes, instalado en la casa del matrimonio Hondaro, conocerá a su futura esposa, una joven de diecinueve años llamada Catalina de Salazar y Palacios, amiga y vecina del matrimonio. Miguel flirtea con Catalina cuando su hija Isabel está a punto de cumplir seis meses de edad. No sabemos si la amiga Juana conocía los amoríos de Miguel con una tabernera y su paternidad. Años después, en 1605, volvemos a encontrar a la Gaitán otra vez viuda y vecina de los Cervantes en Valladolid, donde continúa resolviendo asuntos pendientes de los libros de su primer marido poeta que le permite relacionarse en la corte con hombres tan importantes como el duque de Pastrana y el conde de Cocentaina. [...] Misteriosa e interesante mujer la toledana Juana Gaitán, a quien vamos encontrando en los documentos siempre cerca de Miguel por unas u otras razones.»

ANA DE VILAFRANCA, LA TABERNERA

«[...] Ana Franca o de Villafranca era hija de un humilde suplicacionero (vendedor de barquillos) vecino de la calle Tabernillas, parroquia de San Andrés. A los doce años la pusieron a servir en

casa de unos familiares, de la que se despidió por fallecimiento del dueño, aunque la compensaron con una dote de cien ducados que le permitió casarse con un asturiano tratante de ganado y transportista de vinos y mercancías que acabó poniendo taberna en Madrid. Ana se encuentra con Miguel, un hombre de mundo culto y fino, ungido por el heroísmo de Lepanto, muy diferente a su posiblemente tosco marido e inevitablemente lo admira y cae en sus brazos. La relación de los amantes dura unos meses, hasta que Ana queda embarazada y nace Isabel, fruto de sus amores adulterinos.»

«¿Cómo era Ana de Villafranca? Desconocemos si fue el gran amor de Cervantes, pero sí podemos suponerla bien vestida con un «vestido de terciopelo verde adornado con gasas», y aderezada con alguno de los «tres cuellos de gorgueras y un collar postizo», prendas y adornos que figuran en su dote matrimonial. [...] Este vestido de terciopelo verde propiedad de la tabernera nos recuerda que en la obra de Cervantes predomina el verde como color de la vestimenta femenina. Los amantes no ignoran el peligro que supone para Ana que el tabernero sospechara que la hija habida es adulterina¹⁸, y esta es probablemente la razón por la que deciden dar por terminada la relación. Cervantes acepta la invitación de Juana de Gaitán, la viuda de su buen amigo Pedro Laínez, y se traslada a Esquivias para ordenar los escritos del difunto con vista a una próxima publicación. Allí conoce a Catalina, »

ROMANCE EN UN LUGAR DE LA MANCHA

«Por fuerza doña Leonor estaría satisfecha al conocer el compromiso matrimonial de su hijo mayor con una hidalga esquiviana de reconocida familia. Para las arras, Miguel reunió esforzadamente, cien ducados una décima parte de sus bienes según el contrato matrimonial, procedentes en su mayoría del sueldo ganado en Orán, sumado a los «mill e trescientos e treynta e seys reales» que le dio su paisano el mercader de libros Blas de Robles por *La Galatea*.⁴ La boda se fijó para antes de Navidad. [...] Es posible que la suegra no confiara a Miguel la administración de la hacienda familiar hasta pasadas las velaciones. Contra lo que aseveran algunos cervantistas, sabemos que Miguel no se integró del todo en las actividades e intereses agrícolas de los Salazar-Palacios ni en la vida social, los bautizos, bodas y velaciones de parientes y vecinos que tanto gustaban a Catalina. Conociendo la vida más entretenida de las ciudades donde había vivido, quizás las largas veladas invernales en casa resultaran soporíferas para Miguel. No es descabellado imaginarlo componiendo versos en una banquetta delante de la chimenea mientras apura la jarra del vino de Esquivias y su esposa borda. Sea como fuere, Miguel decidió salir al ancho mundo y buscar otra vez fortuna lejos del hogar.»

«[...] Ana de Villafranca, examante de Miguel y madre de su única hija, también enviudó ese año. Solicitó seguir con el negocio de la taberna en la calle Tudescos para sacar adelante a sus dos hijas. Conviene apuntar que en Madrid las viudas regentaban imprentas, tabernas, casas de huéspedes, tiendas, tintorerías, cererías, talleres de bolsas y cinturones, entre otros negocios.[...]. Las pequeñas Isabel y Clara no llegaban a los dieciséis años, edad requerida por el consistorio madrileño para trabajar en la taberna familiar: «Porque siendo sus hijas como tengan dieciseis años, se les permite que despachen el vino».¹³ Las mujeres que trabajaban en las tabernas de Madrid lo hacían de dos maneras, como propietarias o asalariadas. Las asalariadas (casadas, viudas o solteras entre los cuarenta y cincuenta años) se consideraban idóneas para despachar vino detrás de la barra.»

«Tantas actividades y relaciones no reflejan, a priori, una apacible vida matrimonial en Esquivias. [...] En su ausencia le otorgó a Catalina un poder absoluto para disponer de sus bienes. El escritor justificaba su deserción del mundillo literario y de su mujer porque tuvo «otras cosas» en las que ocuparse. ¿Quizá asuntos pendientes dejados dos años antes durante su escapada a Sevilla con Diego de Hondaro, el segundo marido de Juana Gaitán? No lo sabemos.»

«Mientras tanto Catalina de Salazar ayudaba a su madre a cuidar de la hacienda familiar y a sus dos hermanos pequeños. Tras el fallecimiento de su progenitora en 1588, la mujer de Cervantes quedó bajo la protección de su tío, el cura Palacios, y de su fiel criada, María de Ugena. La cuna que llevó en su ajuar seguía vacía, cada vez más alejada de su ansiada maternidad. [...]»

LA JEFATURA FEMENINA DE LAS CERVANTES

«Ante la ausencia continuada de sus hijos Miguel y Rodrigo, la viuda Leonor de Cortinas había asumido la jefatura familiar, pero la matriarca del clan Cervantes falleció repentinamente y sin testar en otoño de 1593. [...] Quedaba Andrea, la hermana mayor, que toma el relevo como cabeza de familia y saca adelante la economía de los Cervantes laborando en su taller de costura y bordado consolidado por clientela cortesana.»

«En ausencia de los varones de la familia, Andrea de Cervantes representó como tutora a su hija Constanza ante los tribunales cuando demandó a Pedro Lanuza por incumplimiento de palabra matrimonial con una menor de edad. Contaba con una ventaja adicional: sabía utilizar la retórica del honor femenino ante la justicia y demostró con pruebas fehacientes el incumplimiento de promesa marital. Resuelto el pleito a favor de la demandante, el novio a la fuga se vio obligado a pagar 1.400 ducados en el plazo de siete años en restitución de la honra perdida de Constanza. Entre los testigos presentados figura «Juan Carrillo de Salas, criado de la duquesa de Villahermosa», probable clienta del taller de ropa blanca de Andrea de Cervantes. Algunos cervantistas afirman que Constanza mantuvo otro asunto amoroso con un tal Francisco Leal, del que recibió en 1608 1.100 reales poco antes del fallecimiento de su madre. Sin embargo, otros investigadores manifiestan desconocer el motivo de la donación, salvo que la justicia dio la razón a Constanza para la ejecución de la deuda. [...]»

«Quizá la soltura para actuar en determinadas cuestiones jurídicas y administrativas de las Cervantes sea consecuencia de la ineptitud o ausencia de los hombres de su familia ante las situaciones difíciles. [...]» Andrea de Cervantes, la hija mayor, aparece investida de más solvencia y autoridad para litigar y defender los intereses de la familia. Andrea ha visto desde pequeña cómo los defendía su madre y su abuela. Con diecisiete años sale en Sevilla en defensa de su padre ante un embargo por deudas. Alega que los bienes incautados al cirujano le pertenecen a ella y exige, por ser menor de edad, un curador *ad litem* para que la represente y la defienda; en Madrid, tutela a su hija ante los tribunales cuando Constanza es menor de edad para solventar la herencia de su padre y plantar cara a los donjuanes. Igualmente, en Valladolid, en el proceso de Ezpeleta, es ella la que hace la petición directa al juez para que queden libres de cargo las mujeres, «pues se sabe que no tienen culpa». [...]»

«Tampoco escapa a los pleitos Isabel de Saavedra, la hija de Cervantes, ayudada por su marido. Tras pasar por la circunstancia dolorosa de la muerte de su hija, Isabel Sanz, incoa proceso judicial contra su padre y contra su amante, Urbina, padre de la niña, por la artimaña urdida entre ambos para privarla de la propiedad de la casa de su difunta hija. Cervantes había negociado en las capitulaciones matrimoniales de su hija una casa en la calle Red de San Luis de Madrid para su nieta Isabel Sanz, de la que el futuro matrimonio podía seguir conservando el usufructo en tanto no muriese la niña. Si tal cosa ocurría, la propiedad de la vivienda pasaría a Miguel de Cervantes. [...]»

MAGDALENA, TUTORA DE ISABEL, LA HJA DE CERVANTES

«Otra faceta digna de resaltar de las Cervantes fue su papel de tutoras o curadoras, una figura jurídica que recaía en personas responsables que representaban a un menor ante los tribunales. Las autoridades procuraban que los tutores fuesen familiares cercanos o personas de buena fama. Andrea de Cervantes solicitó la curaduría de su hija Constanza para reclamar la herencia de su padre e interponer demanda contra los Lanuza. Le tocaba a Magdalena hacerse responsable de su sobrina Isabel, adolescente de catorce años, hija de Miguel y de la tabernera Ana de Villafranca. Las hermanas Rodríguez Villafranca, después de quedarse huérfanas en mayo de 1598, vivieron algo más de un año con su abuela Juana, hasta que pasaron a la tutela pública del licenciado Bartolomé de Torres. Isabel entró al servicio de Magdalena como sirvienta (lo cual era un modo encubierto de tutelarla), quizá por indicación de su hermano Miguel, con el compromiso de educarla y enseñarle a coser y a bordar. La tía Magdalena convirtió a Isabel en una jovencita que acabaría sus días asentada en la burguesía madrileña, vestida con sedas de la China, manteos rojos franceses y funeral de alta dama. La hermana pequeña de Cervantes nunca dejó de tutelarla. Incluso después de casada con Luis de Molina, Isabel otorga poderes a su tía paterna para «cobrar lo que se le deba de la herencia de su madre Ana Villafranca» [...]»

ISABEL DE SAAVEDRA, LA BASTARDA

«Es probable que Isabel de Saavedra expresara en su actitud cierta rebeldía juvenil al sentirse minusvalorada socialmente frente a la hidalguía de sus tías, su prima y su madrastra. Lo cierto es que no le resultó fácil integrarse en su familia paterna tras el fallecimiento de su madre. Diversos autores la han situado en las antípodas morales e intelectuales de su padre. Probablemente arrastró el estigma social de ser bastarda, como la califica públicamente la maldiciente beata Ayala ante las autoridades de Valladolid: «Y una hija del dicho Miguel de Cervantes, bastarda». Isabel no sabía leer ni escribir cuando Magdalena de Cervantes se hizo cargo de su tutela. Las hermanas Cervantes trataron de educarla e integrarla en la familia, además de enseñarle a coser, a bordar y, sin duda, a leer y a escribir. De otro modo resultaría absurdo el regalo de los «seis libros de diferentes historias» que le otorgó su progenitor en la dote. Desconocemos si su aprendizaje fue lento o dificultoso. Tenía veinte años cuando declaró en el proceso Ezpeleta que no sabía firmar, pero a los pocos meses lo hizo con letra firme en un documento notarial, lo que hace suponer que su ignorancia primera fue una estratagema. Isabel pudo administrar sus bienes cuando logró zafarse del yugo de su marido, después de un tormentoso matrimonio. Mujer inteligente, supo administrar su hacienda y acrecentarla sabiamente hasta el final de sus días. [...]»

«En su testamento se muestra generosa con su familia materna, así como con los amigos y los criados. A pesar de las diferencias que tuvo con su padre, quien sabe si por imponerle el casamiento con Luis de Molina y ocultarle las condiciones legales sobre la propiedad de la casa de su hija, según las últimas investigaciones habría estado orgullosa de ser hija de un escritor estimado y conocido y acompañó a su padre en sus últimos momentos.[...]»

«Buena parte de los cervantistas del siglo XIX trataron a la hija de Cervantes con cierta simpatía mientras la creyeron fruto de una aventura amorosa que tuvo el héroe de Lepanto con una misteriosa dama portuguesa en 1582. Hija digna de su padre, habría profesado con el nombre de sor Isabel de la Ascensión en el convento de las trinitarias descalzas de la calle Cantarranas en 1614. [...]»

«[...] Acaba el miramiento con la hija de Cervantes cuando Julio de Sigüenza dio a conocer en 1874 las capitulaciones matrimoniales de Isabel de Saavedra y Luis de Molina (1608) y otros documentos que muestran los pleitos que hubo entre padre e hija por culpa de las mismas;26 se descubre también que la bastarda Isabel no profesó como monja en ningún convento ni «fue habida de romancescos amores con la dama portuguesa [...] sino de muy vulgares relaciones con Ana de Roxas».27 A partir de entonces los cervantistas tratan de reescribir la vida de Isabel de Saavedra con una visión menos romántica e idealizada, incluso la Real Academia Española le retira una lápida conmemorativa colocada en el presbiterio de la iglesia de las Trinitarias Descalzas de Madrid, donde se leía: Aquí yace D.ª Isabel de Saavedra.»

LOS CERVANTES VUELVEN A VALLADOLID

«[...] Es de suponer que, con su familia y ese grupo de mujeres toledanas, Miguel celebra en la Navidad de 1604 la reciente publicación de su nueva novela, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Quien sabe si ellas fueron las primeras en leer las entretenidas aventuras del alto y flaco don Quijote, que, acompañado del bajito y regordete Sancho, intenta salvar a las damas y restaurar la justicia en el mundo. Lamentablemente, un nuevo proceso judicial dará al traste con la idílica situación y será entonces cuando las mujeres de la familia reciban el apelativo insultante de «las Cervantas».»

«[...] Resulta sorprendente como bastantes cervantistas aceptan sin más la versión de la beata Ayala, acusando de amancebamiento a la hija de Cervantes con el portugués Méndez. [...]El alcalde Villarroel cierra el caso: «Vistas estas averiguaciones el señor alcalde mandó se prendan y lleven a la cárcel real a los susodichos Miguel de Cervantes, a doña Isabel, su hija, a su hermana doña Andrea, y a doña Costanza hija desta, y al dicho Simón Méndez, y a doña Juana Gaitán, doña María de Argomedo y su hermana y sobrina, y doña Mariana Ramírez y don Diego de Miranda. Ansi lo proveyó e mandó».Once personas. Ocho mujeres y tres hombres sufren dos días y medio de cárcel y unos cuantos más de arresto domiciliario por sospechas infundadas en el proceso incoado por el alcalde Villarroel con motivo de la muerte del hidalgo Gaspar de Ezpeleta. El juez parece empeñado en que no se conozca el nombre del que se batió en duelo. [...]Después de este mal trago, la familia Cervantes toma la decisión de regresar a Madrid. Antes solicitan a la Hacienda Real la paga que les corresponde por su hermano soldado muerto en Flandes en 1601.»

DOTES Y AJUARES DE LAS CERVANTES

«Se ha escrito mucho sobre las casas que habitaron, pero pocos autores reparan en que a través de los bienes dotales y los ajuares domésticos podemos rastrear costumbres familiares, relaciones, gustos e intimidades y otros elementos menos conocidos que pueden esclarecer aspectos biográficos y antropológicos de la familia Cervantes que de otro modo permanecerían oscuros e ignorados. [...]»

«[...] Los escritorios eran muebles exclusivos de las clases pudientes cuya posesión sugería el conocimiento de la escritura y la guarda de ciertos objetos de valor. De los que aparecen en las casas de nuestros protagonistas, destacan los dos de Andrea (en la casa familiar de Madrid): «Dos escritorios el uno de Flandes y el otro de taracea y una escribanía de asiento», y el de la hija de Cervantes, Isabel de Saavedra: «Un escritorio de nogal, que es el mayor que yo tengo». En la dote de Catalina no figura ningún escritorio, pero en su testamento deja uno a su hermano »

«[...] Destaca en los ajuares femeninos la calidad y variedad de los textiles de la sala de convivencia, del dormitorio y los de vestir la mesa. El uso de manteles de tela no estaba entonces generalizado entre las clases populares. »

«[...] En el estrado de las Cervantes no faltaban los cojines de terciopelo y los almohadones bordados, puestos en habitación propia o en un rincón destinado a estrado en la sala de convivencia, «mas cuatro almohadas de estrado», de Alcalá. »

«[...] Isabel de Saavedra tuvo en las casas que habitó oratorio particular, más propio de una dama de alta cuna que de la hija de una tabernera. En esta capillita doméstica, Isabel reunió esculturas, pinturas y reliquias de distintas advocaciones religiosas, además de relicarios, rosarios, joyas personales y otros objetos devocionales escasos y caros que rozaban la superstición, como la Cuenta de Santa Juana y la piedra bezoar. [...] Prueba del bienestar material alcanzado por Isabel de Saavedra es su posesión de dos de las reliquias más preciadas por los madrileños de la época [...]. »

LA LEYENDA NEGRA DE LAS CERVANTAS

«Hemos encontrado páginas atrás sobrados testimonios de mala fe sobre el papel que las mujeres Cervantes representaron en el conjunto de la familia. Bastantes cervantistas se ofuscan en la leyenda negra creada a partir del siglo xix en torno a ellas. A tal cosa ha contribuido una somera e injusta interpretación de los documentos aparecidos, así como ciertos datos omitidos en los estudios biográficos del ilustre autor. »

«[...]Ciertos biógrafos de Miguel de Cervantes de inicios del siglo XX acabaron de forjar la leyenda negra de las Cervantas, tachadas de indigentes, incultas, ambiciosas y de conducta licenciosa a las que había que ignorar para no incomodar la biografía de tan insigne escritor. También hemos constatado la ligereza con la que se involucra a tres generaciones de mujeres de la familia Cervantes, con el tópico recurrente de engatusar a pretendientes ricos para obtener crecidas

indemnizaciones por incumplimiento de promesa matrimonial, sin tener en cuenta tiempos y situaciones distintas y que las relaciones sexuales antes del matrimonio, si mediaba promesa de esponsales, eran frecuentes. Salvo la de ser mujeres liberales que tratan con hombres en la casa familiar, declaración de la beata Ayala, en los documentos jurídicos y administrativos consultados no aparecen las Cervantas culpadas de comportamientos dudosos o indecentes. »

«[...] El mayor pecado de la leyenda negra sobre las Cervantas es que está cargada de tópicos y estereotipos orientados a minusvalorar a unas mujeres liberales y luchadoras, con excelentes relaciones familiares y con los problemas sentimentales propios de su tiempo; unas mujeres que contribuyeron, en buena medida, a que un miembro de su familia escribiera una joya para la humanidad y a que una religiosa carmelita escalara hasta el puesto más alto de su convento en las duras circunstancias de la reforma trentina.»

«[...]Estas mujeres, incomprendidas y maltratadas por la historiografía, fueron, paradójicamente, las que con mucha probabilidad sirvieron al escritor de modelos para sus libros. La mujer representa un papel importante tanto en la vida como en la obra de Cervantes, sin duda uno de los autores de su generación que se muestra mejor conocedor de la psicología femenina. El hecho de haber vivido rodeado de mujeres le permitió, sin duda, observarlas de cerca. Incluso en ocasiones parece que escribe respirando por la herida, especialmente cuando trata de experiencias similares a las vividas por las mujeres de su familia, como las cuestiones relacionadas con la libertad de trato entre hombres y mujeres y con la inconformidad ante los matrimonios infelices y las promesas incumplidas por burladores. Si lo comparamos con la mayoría de los escritores del Siglo de Oro, se puede considerar que tiene ciertos atisbos feministas. »

«[...] Tan solo vamos a exponer brevemente lo que entendemos por un cierto feminismo *cervantino*, dentro de la concepción humanista de Cervantes: los personajes femeninos representados por mujeres liberales y con fuerte personalidad, a las que no les falta voz propia para afirmar su disconformidad social y la falta de libertad para elegir marido. Miguel de Cervantes defendió firmemente la libertad de las mujeres para elegir esposo frente a la imposición paterna en el Quijote, La *gitanilla* y Los trabajos de Persiles y Sigismunda, aunque sus personajes sean estereotipos adaptados al gusto de la época: la dama estirada, la doncella ingenua, la aldeana rústica, la criada alcahueta, etc. En sus obras aparecen mujeres libres, elocuentes, valientes e independientes que luchan por su dignidad, que demuestran que encerrar a la mujer bajo siete llaves no conduce necesariamente a guardar la honra y a encontrar marido, ni que los intereses económicos y morales son obstáculo para que la mujer tome decisiones importantes. En sus obras, Miguel de Cervantes tampoco soslaya críticas directas al pensamiento encarnado por personajes masculinos celosos, ridículos y desbordados.»



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es

